

PA 6641

.IG

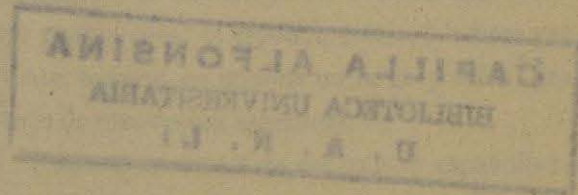
H6

ES PROPIEDAD

IMPRESA DE M. GARCÍA Y G. SÁIZ  
MESÓN DE PAÑOS, NÚMERO 8, BAJO



FONDO  
RICARDO GONZÁLEZ  
PRÓLOGO





861  
V



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

La poética española carecía, desde mucho tiempo atrás, del artista que, habiéndose compenetrado hondamente de las necesidades de su tiempo, supiera ser, y fuese, esencialmente continuador de las cualidades características de la raza. Ninguno de los poetas que en los últimos años habían predominado, supo interpretar acabadamente la manera de ser del sentimiento de un pueblo como el español, donde, á la hora presente, todavía se impone un largo y difícil trabajo de renovación espiritual.

Unos, por exceso de ese rancio españolismo que les hacía mirar con grotesca indiferencia todo lo que no fuese netamente del terruño, cerrando su espíritu á la suprema facultad artística de la perpetua renovación; otros, que por es-



piritu de oposición caían en la parte contraria y se sometían tan completamente á las nuevas fórmulas, que éstas llegaban á ahogar la esencia del propio temperamento; unos y otros, mantenían la poética española en un estado lamentable de inferioridad respecto de las demás del mundo civilizado.

Gran mal ha sido siempre en España el de creernos superiores á todo el resto del mundo, y ha sido un mal, porque esa manera de pensar ha influido en el carácter para quitarle, junto con el descontento de lo ya alcanzado, el supremo anhelo de adelantar un poco más.

Ese orgullo característico del español, que le hace aceptar lo que tiene como lo mejor de lo mejor, si es bueno en cuestiones de política internacional, pues constituye una formidable reserva de fe patriótica, no deja de ser altamente perjudicial en los campos de la inteligencia, en cualquiera de sus manifestaciones.

Hay en ese orgullo una fuente de males graves que se traducen en abandono, pues tanto el poeta que se ve proclamado el mejor de su tiem-

po, por un falso orgullo patriótico, como el industrial que ve elogiados sus productos por la misma causa, inconscientemente llegan á creer verdad lo que no pasa de ser una exageración de mal entendido patriotismo, y creyendo haber alcanzado la cumbre más alta de perfectibilidad, se estratifican: uno, en sus poemas; otro, en sus productos fabriles.

Y así es como la producción normal de la inteligencia es, en un buen término medio, inferior á la del resto de Europa. En España, el primer esfuerzo, siempre que no altere muy rudamente la placidez de las fórmulas tradicionales—y mejor aún si las continúan—, es consagrado como si se tratara del definitivo, y así, naturalmente, no hay adelanto posible.

Por desconocer la necesidad de una marcha hacia adelante, en el cumplimiento de esta fórmula lanzada por D'Annunzio, «rinnovare ó morire», la poética española ha vegetado durante muy largos años en el más absurdo y doloroso de los estancamientos. Todo el siglo XIX, con sus docenas de poetas de raro mérito local, no



ha podido producir en España uno sólo que fuera en verdad digno de la época. ¿Dónde está el Hugo español, de universal resonancia? ¿Dónde está el Carducci, que represente en nuestra lengua lo que en la italiana representó el fiero león de Bolonia? Y no se diga que, perdida la influencia política, España ha perdido también la resonancia favorable á su literatura; porque, si bien, en verdad, ya no tenemos la preponderancia de aquéllos que no veían ponerse el sol en sus dominios, nada de eso hace falta para que una literatura sea de mayor ó menor influencia.

Perdido el dominio material, queda en pie el de la espiritualidad más pura, vínculo que sólo necesita para perdurar, de poetas y escritores, que sepan interpretar como se debe los anhelos y los sentimientos de la época en que viven.

En España, como ya he dejado dicho, el poeta, ó se limitaba hasta hace poco á la repetición de sentimientos, que por muy rancios se le antojaban más castizos, y que en manera alguna compaginaban con la nueva modalidad del espíritu, transformado por las modernas necesidades uni-

versales, ó se dejaba arrastrar por esas mismas innovaciones, sin cuidar de separar aquellas que pudieran ser verdaderamente útiles, las que por ser propias de unos países, no tenían aplicación lógica en las letras españolas.

Necesitábase, por lo tanto, el poeta que con esa noble serenidad de los que obran bajo el mandato de la indefinible fuerza de una adivinación genial, separara todo aquello que en las nuevas y triunfantes escuelas literarias europeas fuese de posible aplicación en la literatura española, modernizándola en aquello de que carecía, que era bastante, y, al mismo tiempo, haciendo que reviviera en lo verdaderamente nacional, es decir, beneficiándola doblemente.

Este poeta, según mi manera de ver y entender el problema, ha sido Francisco Villaespesa, más que el mismo Eduardo Marquina, ese que ha encontrado «el sonoro trotar del Romancero» en sus «Hijas del Cid», y que se ha mostrado enormemente épico en «Vendimión».

Y digo que Villaespesa lo ha sido y no Marquina, porque éste, dada su condición de cata-



lán y su educación literaria eminentemente europea, no puede comprender tan hondamente las emotividades castellanias.

Marquina ha tenido en contra de su españolismo el mismo carácter de su poesía, tan universal por las fuentes de inspiración, en que hasta lo más español ha quedado por mucho tiempo ahogado bajo las enseñanzas bebidas en las demás literaturas.

Villaspesa, por el contrario, ha sido siempre, aun en las mayores exaltaciones de su modernismo, batallador y agresivo, el español puro y neto, el que al invadir tierras extrañas no sólo llevaba á ellas sus costumbres tradicionales, sino que transformaba las del país donde su acción se desarrollaba.

El modernismo de Villaspesa ha sido un modernismo de conquista, un modernismo que ha traído á la poética española todo lo bueno encontrado en las demás literaturas, sin perder ninguna de sus cualidades características; Villaspesa ha entrado á saco en los adelantos poéticos de las letras de Francia y de Italia, sin dejar de ser el mismo.

Ha conquistado, no se ha dejado conquistar; por encima del modernista subsiste el poeta de la España tradicional y romántica, el hombre que pasa un poco despreocupado de las cosas del momento—indiferencia de que no es capaz Marquina—para cantar los bellos ensueños de su juventud. Sintetizando la poesía de Villaspesa, podríamos decir que conservando su fondo netamente español, ha sabido transformar la técnica de sus versos hasta darles toda la flexibilidad del modernismo francés.

Pocas veces, como en Villaspesa, se habrá aunado en igual forma é intensidad el espíritu caballeresco y aventurero del tradicional hidalgo español, con los refinamientos del hombre moderno. Esto da á su poesía un encanto extraño, digno de ser señalado como el posible punto de una nueva modalidad poética en la Península, pues ofrece la peculiaridad de que todo lo extraño á la raza adquiere un extraordinario y más alto valor cuando es depurado por el crisol de nuestro temperamento:



Yo nací con tres siglos de retraso.  
 Amo el justillo y el jubón de raso,  
 el chambergo de plumas y la espada.

Y es el mayor pesar de mi agonía,  
 vivir en este siglo sin poesía,  
 ciego de fe... mas sin creer en nada.

Así habla el poeta en uno de sus libros, resumiendo en notable clarividencia todo el esfuerzo de su espíritu y acentuando las cualidades características de su temperamento de hombre de acción, frente a la quietud vergonzosa de una época materialista y fría.

De carácter netamente definido, dentro de lo latino, Villaespesa muestra el orgullo tradicional, pero depurado de exageraciones, en el crisol de una gran comprensión, hecho que suele ser equivalente a un gran dolor.

En todas sus obras pasa la visión del amargo desencanto, y hasta en los poemas donde la vida florece con la lozanía exuberante de lo juvenil, su Musa conoce el ritmo suave y lento de las palabras de dolor y de angustia.

Es la esencia de la raza, batalladora y audaz

siempre, pero cuyos ímpetus tienen hoy regularizada su exteriorización, las pausas del que por haber padecido y sufrido mucho no se encuentra ya con la exaltación de la primitiva y lejana época inexperienced.

Ha dicho uno de sus críticos que la personalidad de Villaespesa es, al parecer, «elegíaca, y, en verdad, fresca, alegre, y si triste á veces, con tristeza semejante á la que nos sobrecoge después de haber amado mucho».

Es el dolor vago, inconsistente, difuso, temor de dolor, más que dolor mismo, que sólo sobrecoge á los que han vertido su sangre y sus lágrimas por todos los senderos del espíritu...

En el «Libro de Job» tiene el poeta algunas de sus composiciones más tristes, más hondas, rebosando el tedio de los grandes misterios. Está en ese poema la angustia torturante de lo desconocido, de un futuro que no nos acertamos á explicar, y que por ello mueve nuestras más paorosas dilaceraciones mentales:



¿Dónde enterraste el pasado?  
 ¿Dónde te espera el porvenir?  
 Todas las cosas que has amado,  
 de amor, tu amor, hizo morir!

¡Todo pasó!... Nadie te nombra...  
 ¿Dónde tus ciegos pasos van?  
 ¿Qué nuevos brazos en la sombra,  
 para abrazarte surgirán?

Y después de esa angustia del «mañana», tan dolorosa en los que piensan hondo, en los que tienen el amor de su vida puesto en sus obras, Villaespesa se vuelve á la maga de sus ensueños, la dorada juventud, para decirle la triste endecha de lo que pasa y no vuelve:

¡Oh, juventud, vuelve á mi lecho,  
 tu carne roja de rubor!...  
 ¡Tiendo los brazos, y no estrecho  
 más que el recuerdo de tu amor!

¡Ojeras vivas del deseo,  
 seda de flor, pálida tez!...  
 ¡Abro los ojos, y no veo  
 sino mi propia palidez!

Hay algo de horrible en esa juventud que se

agota en la monotonía de las lamentaciones fúnebres, y que anhela por un descanso final, en que pueda verse libre de los desgarramientos mentales de una época de incertidumbre y de pavor como la nuestra.

Pero donde, indudablemente, Villaespesa ha vertido toda la intensidad lírica de su corazón de poeta, es en los sonetos de su libro «Viaje sentimental», obra que merece perdurar, porque es de las pocas que en nuestra lengua traducen la reconcentración espiritual en que han sido grandes maestros los líricos portugueses.

Villaespesa dice la tortura de un amor desvanecido, y á veces, su lirismo llega á lo más hondo del espíritu:

Los que visteis salir por vuestra puerta  
 para siempre, en la paz del ataúd,  
 con los fríos despojos de una muerta,  
 todos los sueños de la juventud.

Los que, de noche, trémulos de frío,  
 lloráis de espanto, en vuestro lecho, al ver  
 junto á vosotros un lugar vacío,  
 ¡esperando á quien nunca ha de volver!



Los que soñasteis y encontrasteis una  
mujer que por encanto ó por fortuna,  
encarnase los sueños del amor,

y al perderla os hallasteis sin abrigo,  
¡venid á solas á llorar conmigo,  
porque de todos es este dolor!

Hay una extraña y desolada amargura en este libro, que parece decir en el idioma castellano las torturas que llevaron al suicidio al gran lírico portugués Anthero de Quenthal.

Y la comparación no surge solamente porque Villaespesa reproduzca en ese libro los paisajes luminosos de Coimbra, sus chopales, el plateado Mondego, las tricanas y los estudiantes, sino porque la esencia de esos versos tan doloridos, tan amargos, es pura y exclusivamente propia de ese romanticismo sentimental de los portugueses, en quienes influye un paisaje de melancolía y una historia de tristezas. Y así, en la comprensión del alma recóndita del pueblo que complementa las virtudes gallardas y varoniles de España, Villaespesa ha podido llegar á toda esa alta

concreción de las cualidades de la raza que laten en sus versos.

Subjetivo en grado extremo, si sabe pintar concisamente un bello paisaje y describir un cuadro luminoso lleno de coloridos meridionales, su gran cualidad, empero, consiste en la evocación de estados de alma, con tal fuerza y vigor expresados, que no tienen comparación en las letras españolas, debiéndose recurrir á los que más hondamente han interiorizado en el espíritu humano, en Maeterlinck, por ejemplo.

Dice en cierto lugar:

Siento un leve rumor sobre la alfombra  
que acarició su pie, y en el sofá  
donde soñó conmigo, ahora su sombra,  
para ver mi dolor sentada está.

Y mientras, todos duermen en la casa,  
y el péndulo palpita en el reló,  
ella la historia de mi amor repasa,  
y llorando, á sus pies, la escucho yo.

— ¿No te acuerdas? — suspira á mi deseo...  
Y abro los ojos, pero no la veo...  
Tan sólo el tiempo late en el reló...



¡Y estremecen la paz de la calleja  
los ecos tristes de una copla vieja,  
llorando á alguna novia que murió!

Villaespesa ha sido y será por mucho tiempo el poeta de un momento de nuestro vivir de agitaciones y de tristezas, habiéndole bastado cantar las amarguras de su propio corazón de hombre, para sintetizar los anhelos de una raza en su empeño de dignificadora actividad.

Es, hoy por hoy, el artista que dentro de todo el movimiento llamado modernista, ha sabido mantener en pie las virtudes caras á la tradición.

Sus poemas, que fueron ayer de un misticismo desolador, poco á poco vuelven á sentir el encanto glorioso de la vida, haciendo esperar una magnífica cosecha lírica.

«Soy un sultán poeta», dijo en uno de sus libros. Nosotros debemos pedir, para gloria de las letras castellanas, que las cautivas de su harén, como las musas de que habla Darío, sientan, por siempre, el despótico poder primero del creador...

JUAN MÁS Y PÍ.

## LAS HORAS QUE PASAN

(1900-1903)